

EL OBISPO PO

BRUCE
MARSHALL



disney: ferris

"EL OBISPO es un libro importante, divertido y colorista. Todos los obispos, todos los vicarios generales, todas las monjas deberían leer ésta novela. Y todos los creyentes seculares. Y todos los ateos. Porque, entre bromas y veras, Bruce Marshall separa el grano de la paja, le pone el cascabel a las supersticiones y presenta atractivo y consolador el trascendental poder de Dios."

(Del prólogo de JOSE MARIA GIRONELLA)

Annotation

Novela que centra su acción entre las altas jerarquías de la Iglesia en Inglaterra. y que aborda reiteradamente tres temas: el Vaticano II. *Humanae Vitae*. Celibato. Tres puntos claves en la crisis que atraviesa el catolicismo en la hora presente y que encarnados en los personajes de Bruce Marshall son los verdaderos protagonistas de la novela. Bede Jenkins, el obispo, un pastor de almas en continua lucha por conservar unido su rebaño en medio de la confusión provocada por las interpretaciones particulares de las enseñanzas del concilio. Basil Powell un exmilitar, vicario general de la diócesis y enamorado de sor Juliana, una monja rebelde, ve vacilar su vocación ante la inamovible barrera del celibato eclesiástico. Joseph Spyers, joven secretario del obispo, al que sólo sus sueños de llegar algún día a la silla de Pedro dan fuerzas para defender las enseñanzas de la nueva encíclica, frente a los difíciles casos de conciencia que le plantean sus penitentes. Frente a ellos el padre O'Flaherty, administrador de la catedral, un sacerdote casi medieval que cree que el Papa haría bien despidiendo a la guardia suiza y comprando unos cuantos tanques. El abate Dubois, un recalcitrante y socarrón ex sacerdote obrero enviado lejos de su feligresía por haber insultado públicamente a su jerarquía. Vaticano II. *Humanae Vitae*. Celibato. Tres temas que estamos acostumbrados a ver tratados desde la fría perspectiva del ensayo, pero que envueltos en la vibrante humanidad de los personajes de Marshall cobran un nuevo aspecto y nos ofrecen el mensaje de esperanza que encierra toda la obra: una iglesia que ha sobrevivido a los Borgia y a la Inquisición no puede perecer ante un concilio y una encíclica.

BRUCE MARSHALL

El obispo

Traducción de Antonio de Quadras

Plaza & Janes

Sinopsis

Novela que centra su acción entre las altas jerarquías de la Iglesia en Inglaterra. y que aborda reiteradamente tres temas: el Vaticano II. *Humanae Vitae*. Celibato. Tres puntos claves en la crisis que atraviesa el catolicismo en la hora presente y que encarnados en los personajes de Bruce Marshall son los verdaderos protagonistas de la novela. Bede Jenkins, el obispo, un pastor de almas en continua lucha por conservar unido su rebaño en medio de la confusión provocada por las interpretaciones particulares de las enseñanzas del concilio. Basil Powell un exmilitar, vicario general de la diócesis y enamorado de sor Juliana, una monja rebelde, ve vacilar su vocación ante la inamovible barrera del celibato eclesiástico. Joseph Spyers, joven secretario del obispo, al que sólo sus sueños de llegar algún día a la silla de Pedro dan fuerzas para defender las enseñanzas de la nueva encíclica, frente a los difíciles casos de conciencia que le plantean sus penitentes. Frente a ellos el padre O'Flaherty, administrador de la catedral, un sacerdote casi medieval que cree que el Papa haría bien despidiendo a la guardia suiza y comprando unos cuantos tanques. El abate Du-bois, un recalcitrante y socarrón ex sacerdote obrero enviado lejos de su feligresía por haber insultado públicamente a su jerarquía. Vaticano II. *Humanae Vitae*. Celibato. Tres temas que estamos acostumbrados a ver tratados desde la fría perspectiva del ensayo, pero que envueltos en la vibrante humanidad de los personajes de Marshall

cobran un nuevo aspecto y nos ofrecen el mensaje de esperanza que encierra toda la obra: una iglesia que ha sobrevivido a los Borgia y a la Inquisición no puede perecer ante un concilio y una encíclica.

Traductor: Quadras, Antonio de
Autor: Marshall, Bruce
©1971, Plaza & Janes
ISBN: 9788401434389
Generado con: QualityEbook v0.84

El obispo

Bruce Marshall

*Porque es precito que el obispo sea inculpa-
ble, como administrador de Dios, no soberbio, ni
iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codi-
cioso de torpes ganancias...*

Epístola de San Pablo a Tito, 1,7

TITULO original de la obra:

THE BISHOP

© Bruce Marshall, Antibes, 1971

© Ediciones Aura, Barcelona, 1971

Versión Española: Antonio de Quadras

Prólogo José M.^a Gíronella

Depósito Legal, B. 5.728 1971

Impresión: Industrias Gráficas G.A.S.A., S. L.

Barcelona 4 Impreso en España — Printed in Spain

PROLOGO

SÓLO cuando el autor conoce a fondo un tema puede tratarlo con ironía de buena ley. Este es el caso de Bruce Marshall y el ambiente eclesial. El insigne novelista británico, tan conocido en España por su obra «El mundo, la carne y el padre Smith», está familiarizado con todos los secretos de la Iglesia Católica, desde el Vaticano y sus pompas hasta la humildad de la última sacristía de la más pequeña parroquia de pueblo.

Esta novela, titulada «El Obispo», es una clara muestra de su manera de hacer. El tema gira en torno a la publicación de la *Humanae Vitae* y a las peripecias de un vicario general y de una monja que sienten la tentación de colgar los hábitos y regresar al mundo. La encíclica anti-anticoncepcionista es analizada desde todos los ángulos, a través de diálogos restallantes y jocosos y de situaciones cuyo dramatismo —los escrúpulos de los sacerdotes al enfrentarse con los fieles; el forcejeo de la prolífera madre italiana que no se atreve a tomar la píldora—, aparece contrapunteado por hilarantes sorpresas argumentales, que basculan entre Chesterton y Aghata

Christie. En cuanto al idilio, entre apasionado e ingenuo, de Basil Powell (vicario general) y sor Juliana (del Monasterio de Nuestra Señora de los Dolores) discurre salpicado de sutilezas psicológicas y semánticas y podría firmarlo el propio Bernard Shaw.

Bruce Marshall ha escrito una novela de rigurosa actualidad y lo ha hecho con asombroso espíritu juvenil. Curiosa paradoja la de este hombre, tan ponderado, serio y cauto en su trato personal y tan cáustico y agresivo en su literatura. Lo conocí en Barcelona hace muchos años y mientras dialogábamos iba yo ratificándome en la idea de qué el

desdoblamiento de personalidad es un hecho real y concreto. Por fortuna, la causticidad de Bruce Marshall no incurre nunca en chabacanería. La innata elegancia espiritual del autor lo hace detenerse en el momento justo. Es un creador escéptico, no-énfasis, que sabe reírse con respeto de sí mismo y de lo que le rodea. La atmósfera de sus libros es tan diáfana y espontánea que en ellos puede llamar «n gallinas sagradas» a las monjas sin que nadie se escandalice. Sus criaturas hablan del Espíritu Santo o del «viejo Paulibus» como si pudieran sentarlos a la mesa, pero lo hacen con tanta naturalidad que el lector lo acepta sonriente, como se acepta la gesticulación de un gran mimo o el sabor chispeante de una copa de champaña,

«El Obispo» es un libro importante, divertido y colorista. La Humanae Vitae y el celibato, dos temas clavados en el esternón de la época, necesitaban de un narrador que los lanzara al vuelo, a la calle, sin pararse en barras. Bruce Marshall ha realizado esta difícil misión. Tenemos que agradecerse. Estas páginas son un documento vivo, con palpito, cuyos esporádicos convencionalismos efectistas quedan sobradamente compensados por la clamorosa inteligencia que cruza cada párrafo. La construcción, impecable. El final, inesperado y repleto de intención. Todos los obispos, todos los vicarios generales, todas las monjas deberían leer esta novela. Y todos los creyentes seculares. Y todos los ateos. Porque, entre bromas y veras, Bruce Marshall separa el grano de la paja, le pone el cascabel a las supersticiones y presenta atractivo y consolador el trascendente poder de Dios.

Barcelona, noviembre 1970.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

Puntualización:

Cuando acepté, por amistad y admiración, escribir este prólogo, ignoraba por completo que en uno de los capítulos de la obra, el autor se las ingeniara para que uno de los personajes citara con simpatía y afecto mi novela.

A mi mujer

A pesar de que esta novela intenta retratar la actual angustia católica, sus personajes son completamente imaginarios, y no se hace referencia alguna a personajes reales —vivos o muertos— aparte de los titulares de las Sagradas Congregaciones mencionados de pasada. La única excepción es Pablo VI. Confío en que los lectores no encontrarán inconvenientes las opiniones que he atribuido a Su Santidad

B. M

1

—¿ALGO importante en el correo? —preguntó el Vicario general al Secretario del Obispo.

—Otra encíclica, monseñor.

—¡Más papel higiénico! ¿Qué mosca le habrá picado esta vez al viejo Paulibus? ¿Guitarras o ligas?

—Son las regulaciones sobre el control de natalidad, monseñor. El padre Spyers, que había sido ordenado en 1963, no siempre aprobaba las impertinencias de monseñor Basil Powell, pero las disculpaba porque el Vicario general era una "vocación tardía", y anteriormente había sido mayor del Cuerpo de Granaderos.

—Echémosle una ojeada. —El Vicario general casi arrancó el documento de las manos del Secretario y ojeó las páginas con rapidez.

—Justo, lo que me temía. Nada de jabón. ¡Pobre Santa Madre Iglesia! Me pregunto cómo le va a sentar esto a Miss Vaticano.

—¿He oído mi nombre? —El Obispo había entrado silenciosamente. Era un dominico, y el mote perduraba desde su época de cura joven en el " Angelicum", de Roma, donde se lo habían puesto por su apostura.

—Ha oído bien, ilustrísima. —El Vicario general no pareció turbarse; sabía que el Obispo consideraba que el uso de su apodo era una señal de afecto de sus clérigos—. Acaba de llegar de la Delegación Apostólica una encíclica sobre el control de natalidad. Se llama Humanae Vitae. El Santo Padre ha desoído las recomendaciones de su propia comisión. Todas las formas, repito, todas las formas de anti-concepción constituyen pecado mortal, dice. Va a ser como meter un zorro en un gallinero.

—Al igual que usted, monseñor, esperaba otra cosa, pero después de la *Casti Connubii*, no veo que otro camino hubiese podido seguir Su Santidad —dijo el Obispo a la par que tomaba la Encíclica de manos del Vicario general y comenzaba a leerla.

El pergamino apenas resaltaba contra la sotana color crema, adornada con botones, cordoncillo y faja púrpuras, que el reverendísimo Bede Jenkins, O.P., tenía el privilegio de llevar por haber sido antes fraile.

—Fechada el 25 de julio. Ya veo. En fin, ahora ya sabemos qué decir, aquí lo tenemos, negro sobre blanco.

—Si me pregunta a mí, le diré que no es obra del Santo Padre, sino de la mafia. —Este era* uno de los términos más respetuosos que el Vicario general empleaba al referirse a la Curia romana—. Ottaviani y sus bufones falibles.

—Algunas veces, monseñor, me sorprende su falta de sentido histórico, por no mencionar la de respeto.

El Obispo, a menudo, desaprobaba, al igual que su joven Secretario, las impertinencias del Vicario general, y las toleraba únicamente por la "Orden de Servicios Distinguidos" que Basil Powell ganara en Anzio, donde, creía el Obispo, la corrección no había influido en modo alguno.

—¿Ha leído alguna vez el decreto de 1870? Aunque así sea déjeme refrescarle la memoria: "*Neque enim Petri succesores Spiritus Sanctus promissus est, ut eo revelante novam doctrinam patefacerent, sed ut, eo assistente; traditam per Apostolos revelationem seu fidei depositum sánete custodirent et fideliter exponerent*". "Pues el Espíritu Santo no ha prometido a los sucesores de Pedro que por su revelación podrán dar a conocer la nueva doctrina, sino que con su ayuda podrán mantener inviolada y exponer fielmente la revelación o depósito de la fe transmitido a través de los Apóstoles". Traducción del cardenal Manning. En otras palabras el Papa es infalible cuando habla ex cátedra a los fieles en materia de fe y costumbres; y si la anticon-

cepción no es una materia de costumbres, entonces, me gustaría saber qué es.

—Newman estaba en contra de la definición de la infalibilidad papal, señor obispo. —El Vicario general sabía que al Obispo no le gustaba ser tratado demasiado a menudo de ilustrísima—. Como también lo estaba el obispo Dupanloup de Orleáns que reconcilió a Talleyrand con la Iglesia en su lecho de muerte, y el arzobispo Haynald de Hungría. Ambos abandonaron el Concilio antes de que tuviese lugar la votación, en señal de protesta.

—Veo que su conocimiento de la historia es mejor de lo que imaginaba, y le pido disculpas por la aspereza de mi reproche —dijo el Obispo, sonriendo—. No me acuerdo de lo de Haynald, pero sé que Newman y Dupanloup, finalmente se sometieron al dogma porque sabían que el Concilio que había definido la infalibilidad papal era infalible.

Oscar y Sid se paseaban por la oficina de la secretaria y empezaron a frotarse contra las piernas del obispo. Sid era un gato callejero, negro, que siempre dejaba sus oscuros pelos en la blanca sotana del Obispo, y Oscar era un siamés cuyos pelos eran casi invisibles sobre la misma. Ambos gatos pertenecían al Obispo.

El Vicario general repuso, lo más humilde posible, pero con obstinación.

—Pero Döllinger aguantó hasta el final.

—Y murió fuera de la Iglesia, monseñor.

El padre Spyers hubiese querido señalar que el Vaticano II parecía haber estado compuesto casi enteramente por gentes como Döllinger, Dupanloup y Haynald pero pensó que en vista de la línea que tan claramente seguía el Obispo, sería una imprudencia. En cualquier caso, contaba sólo veintinueve años contra los sesenta y tres del Obispo y los cuarenta y cinco del Vicario general, y ambos podían tomar su intervención como una impertinencia. En lugar de ello se dedicó a acariciar los gatos del Obispo, que en su diario examen de conciencia, se acusaba, a menudo, de

querer más que a monseñor Finbar Ignatius O'Flaherty, administrador de la catedral.

—Parece que estamos interrogándonos sobre un punto ya zanjado —dijo el Obispo—. "*Roma locuta est, causa finita est*". Padre Spyers ¿tendría la amabilidad de llamar a monseñor O'Flaherty y decirle que le agradecería que almorzase con nosotros?

—Desde luego, ilustrísima.

—¿Va a ponerle al corriente, señor obispo? —preguntó el Vicario general—. O no lo conozco, o O'Blimp Se mostrará encantado. Probablemente lamentará que el Papa no haya prohibido también las relaciones sexuales por lo menos durante los días de adviento y cuaresma.

Mientras el Secretario llamaba por teléfono, el Obispo se reprochó su desabrimiento para con el Vicario general, A menudo deseaba poder amar más a sus sacerdotes, pero imaginaba que los conocía demasiado bien para que le fuera posible. El apóstol Santiago parecía haber puesto las cosas muy difíciles cuando afirmó que un hombre incapaz de amar a su hermano, al que veía, difícilmente podía amar a Dios, a quien no veía; bien cierto que si el hombre encontraba tan difícil amar a su hermano era precisamente porque lo había visto. Algunas veces el Obispo pensaba que le resultaba más fácil amar a los miembros del Politburo que a sus hermanos de sacerdocio. Quizá el Cura de Ars fuera el único clérigo con el que otros clérigos hubiesen podido vivir, y no obstante, amar. De todas formas, no se imaginaba a Juan Bautista María Vianney ni siquiera empleando la jerga militar, aunque no se las compuso para evitar servir en el ejército de Napoleón.

—Monseñor O'Flaherty dice que acepta encantado, ilustrísima —dijo el padre Spyers.

—Estupendo.

Aunque también vivía con él, el Obispo quería a su Secretario y le gustaba imaginárselo como su sucesor, pero,

sólo cuando el Vicario general acabara de instruir sobre el amor de Dios a la diócesis por pelotones, al estilo militar

—¿No tiene ningún otro compromiso, monseñor?

—Sólo la confesión de las monjas y la bendición en el convento, a las tres y media, pero me imagino que para esta hora ya habremos terminado. ¿Puedo preguntarle cuál es su intención, señor obispo? Me refiero a la Encíclica.

—Hacer leer en todos los púlpitos de la diócesis los párrafos más importantes para los laicos, el primer domingo después de que se haga pública, y leerla, yo mismo, en la misa mayor de la catedral.

—¿Sin comentarios, señor obispo?

—Sin comentarios, monseñor. El mejor comentario a los evangelios son los propios evangelios y si necesitamos una glosa será mejor que la dejemos en manos de monseñor O'Flaherty. ¿No cree usted?

—Glosario sin glosa. Pero una encíclica no es el evangelio, señor obispo.

—Para mí, sí.

—A la gente no le va a gustar.

—A Nuestro Señor no le gustó ser crucificado. La gente parece olvidarlo. El cristianismo es una disciplina, no una diversión. El Papa es el vicario de Cristo en la tierra y nuestro deber es obedecerle. El juramento militar no es el único que obliga, monseñor: el que le hizo a Dios, cuando fue ordenado subdiácono, es igualmente irrevocable.

Pero el Obispo sonreía al decirlo, por recordar que además de obispo era un dominico, un *Domini canis*, un perro del Señor; y un perro del Señor jamás debía perder la paciencia, ni siquiera con un mayor del Cuerpo de Granaderos.

De pronto se oyó crujir la gravilla del jardín bajo unos pasos. El Secretario se asomó a la ventana y observó el exterior.

—Es el doctor Proderick, ilustrísima —dijo al Obispo.

—Haga el favor de hacerlo pasar a mi estudio, padre.